

ron un choque en que derrotaron completamente á los republicanos, con pérdida de estos de 400 prisioneros y gran número de heridos. La columna francesa consiguió llegar con toda felicidad á Puebla, donde fué recibida por la guarnición de esta ciudad con plácemes y felicitaciones entusiastas.

Coincidiendo con los sucesos que vamos reseñando, se agitaban, como ya hemos indicado, los generales Ortega y Santana, obrando cada uno en provecho propio bajo el pretexto de la salvación del país. Airado por el desvío de Juárez, que habia menospreciado sus servicios, Santana trabajaba abiertamente en los Estados-Unidos para alcanzar el poder en Méjico, disputándosele á un mismo tiempo á Juárez, á Ortega, y al Emperador Maximiliano. Hasta llegó á tener nombrados los jefes de los departamentos de la futura República, y trabajaba grandemente con los irlandeses residentes en la Union anglo-americana, para que apoyasen su proyecto, ofreciéndoles grandes ventajas como católicos, y comprometiéndose á ayudarles más tarde en sus planes sobre Irlanda.

Sus partidarios se afanaban por inculcar en el ánimo de los irlandeses, la idea y la creencia de que Méjico era el país designado especialmente por la Providencia como el más adecuado para el establecimiento, desarrollo y consolidación de una República semi-irlandesa. Públicamente decia Santana que no estaba relacionado con ninguno de los partidos militantes en Méjico, y que solo las repetidas instancias de los hombres más importantes de su país, entre los que se contaban algunos de sus antiguos adversarios, le habian obligado á tomar semejante resolución, hija ante todo del más puro patriotismo. Santana celebró varias conferencias con el coronel Roberts, presidente de la Fraternidad feniana; parece que éste le ofreció su concurso y el de sus compatriotas; y como por otra parte eran tantas las súplicas, peticiones y recomendaciones que se hacian á Santana, al fin se aventuró á llevar á cabo su empresa, teniendo organizado ya á fines de Setiembre un cuerpo de 2.000 hombres completamente equipados y armados, que á la primera señal debian dirigirse á uno de los puertos del Golfo. Para subvenir á los gastos de esta expedición, que no llegó á

verificarse, negoció un empréstito de tres millones de duros con varios establecimientos de Nueva-York.

Con respecto á Ortega, dábale aires de ser el verdadero presidente de la República mejicana. El 26 de Octubre publicó en Nueva-Orleans, por medio de los periódicos de esta ciudad, un manifiesto declarando que en calidad de presidente constitucional de Méjico, se disponia á partir para este país, á fin de encargarse del Gobierno de la nación. Llegó en efecto á *Brazos de Santiago*, en el territorio de Tejas, á bordo del vapor *Saint-Mary* el 8 de Noviembre, acompañado de algunos de sus partidarios; pero en el momento mismo de desembarcar, fueron todos arrestados por el jefe americano que tenia el mando militar de aquella población. Cuando se le notificó á Ortega la orden de arresto, se contentó con pedir copia exacta de la misma y entregó su espada con dignidad. Más adelante, sin embargo, publicó una protesta en el *Courrier* de Rio-Grande. Puesto en libertad en el mes de Diciembre, Ortega no desistió de sus tentativas, como tendremos ocasion de ver en el siguiente capítulo.

IX.

A principios de Noviembre, Juárez continuaba en Chihuahua, redoblando sus esfuerzos para alimentar el fuego de la insurrección, vigilando y destruyendo las intrigas y planes de Ortega y Santana, proporcionando recursos á sus jefes militares, y castigando la indisciplina de los que se negaban á reconocer su autoridad. Atento á todo, los efectos de su actividad se sentian en todas partes. Al mismo tiempo que enviaba convoyes de armas y víveres á Monterey, á cuya ciudad amagaba Mejía, disponia que fueran presos Canales, Carvajal y Cortina, por su deplorable conducta en Matamoros.

En los distritos de Tejas, próximos á Rio-Grande, se reconcentraban tropas de los Estados-Unidos, llegaban una cantidad considerable de equipos militares y varias baterías; esto justificaba los rumores que circulaban sobre la proximidad de una expedición anglo-americana que intervendría directamente en los asuntos de Méjico; pero tal intervención, que acaso hubiera sucedi-

do si la Francia no hubiese retirado á tiempo sus tropas, no llegó por fortuna á verificarse, y los mejicanos pudieron más tarde envanecerse de haber conseguido el triunfo con sus esfuerzos propios.

Con respecto á sucesos militares, ya hemos indicado en otro lugar las ciudades y plazas que se vieron obligadas á evacuar las tropas imperiales. Continuaban triunfando los republicanos, y las guerrillas aumentando sus filas, y estendiéndose cada vez más por el territorio mejicano. No debe ocultarse que estas guerrillas sufrían frecuentes derrotas; pero no parecia sino que estos mismos reveses las alentaban en su patriótica empresa, porque á cada golpe que recibían, daban muestras de mayor vigor, y con más entusiasmo procuraban multiplicarse. Así es que los imperiales empezaban á convencerse de que era imposible la pacificación del país, y que era inevitable la caída del Imperio en cuanto las tropas francesas se embarcáran para Europa. Esperaban algunos con espanto la crisis que sobrevendría despues de la caída de Maximiliano; pero otros, ménos asustadizos, confiaban en que Juárez lograria dominar la situación, y evitar que fuera demasiado violenta la transición del Imperio á la República.

CAPITULO II.

Llegada del general Castelnau.—Salida de Maximiliano para Orizaba.—Rumores sobre abdicación del Emperador.—Gestiones practicadas para hacerle desistir de su propósito.—Actitud del mariscal Bazaine.—Manifestación de los periódicos franceses de Méjico.—Reunión y acuerdos de Orizaba.—Proclama del Emperador de 1.º de Diciembre, anunciando su propósito de continuar al frente de los negocios.—Condiciones impuestas por el Emperador.—Actos del gobierno imperial.—Dilata Maximiliano su regreso á Méjico.—Embarque de los franceses para Europa.—Reúne en la capital una Asamblea de Notables.—Decídese la continuación del Imperio.—Circunstancias desfavorables en que se encontraba el Imperio á principios de 1867.—Victoria de Miramon en Zacatecas y toma de esta plaza.—Escobedo derrota al coronel Miramon, y hace fusilar á 130 prisioneros franceses.—Sale Maximiliano de la capital para ponerse al frente del ejército.

I.

El 12 de Octubre llegó á Veracruz el general Castelnau, ayudante de campo de Napoleón III, que iba á Méjico encargado

por este soberano de una misión extraordinaria. Parece que el general Castelnau habia recibido de su soberano instrucciones muy latas, en el sentido de desligar cuanto antes al gobierno francés de toda solidaridad con el gobierno mejicano, y que estaba autorizado para asociarse á toda combinación que permitiera á las tropas francesas evacuar á Méjico, asegurando la ejecución de los arreglos pactados con el gobierno de Maximiliano. El general Castelnau llevaba también, así se decia al ménos, plenos poderes para que, en el caso de que Maximiliano se decidiera á abdicar, se entendiera con el presidente mejicano llamado á reemplazarle.

Desde algun tiempo atrás circulaban con insistencia en Méjico rumores sobre la próxima abdicación de Maximiliano, rumores que habian llegado hasta Europa, y que no pudieron desvanecer las repetidas declaraciones del Emperador, de que no abandonaria el puesto de honor á que le llamó el sufragio de las poblaciones mejicanas. El *Diario oficial* de Méjico habia publicado un discurso, que se fijó además en las ciudades principales del Imperio, declarando terminantemente que permanecería en Méjico para continuar la obra comenzada. Pero era tal la creencia de que toda resistencia sería inútil despues de la retirada de las tropas francesas, que el acto de la abdicación se juzgaba como necesario en un plazo más ó ménos inmediato.

Por este mismo tiempo hubo en Méjico una tentativa de asesinato contra el Emperador. Unos hombres se habian apostado por la noche, en uno de los últimos días de Octubre, en el camino de Chapultepec, ocultos bajo los arcos y con armas. El general O'Haran, que habia recibido aviso de que se meditaba un atentado contra una persona de muy alta gerarquía que debia pasar por allí, apostó vigilantes que no perdieron de vista á los acechadores, y los siguieron cuando se retiraban al anochecer, perdida ya la esperanza de dar el golpe; eran dos, y juntos con otros dos apostados en el camino, fueron presos. Instruido el proceso con actividad, á las pocas horas estaban los cuatro convictos, pero uno solo confeso, llamado José María Martínez, cómplice en la conspiración descubierta en Tlaxpan. Aprobada la sentencia,

Martínez fué ajusticiado en el pueblo de San Angel.

Gran sensacion produjo en la capital la repentina salida del Emperador (21 de Octubre) con direccion á Orizaba, bajo pretexto de curarse las tercianas que le aquejaban desde algun tiempo atrás. Antes de salir despidió á toda su servidumbre en Chapultepec, é hizo vender todos sus muebles. El Emperador y el general Castelnau, que desde Veracruz marchaba á Méjico, se encontraron en las inmediaciones de Ayutla, donde celebraron una larga conferencia, cuyo objeto no se traslució por entonces, pero que probablemente debió referirse á la mision conferida al último por su soberano.

La marcha imprevista de Maximiliano, la despedida de su servidumbre, la venta de su mobiliario, los numerosos despachos telegráficos que por el cable submarino se cruzaban entre el Emperador y su hermano Francisco José, el haber llegado á Veracruz la fragata austriaca *Dandolo*, produjeron gran agitacion en la capital, y dieron motivo para que se propagáran los más extraños rumores. Ya se decia que Maximiliano habia conferido verbalmente la regencia al general Bazaine, ya que se habia embarcado en Veracruz con direccion á la Habana, ya que el general Bazaine habia dado orden al comandante de Veracruz para que se opusiera al embarque del Emperador, ya que habia significado al soberano fugitivo que cualquiera tentativa de marcha le expondria á ser arrestado.

En todos estos rumores habia, sin embargo, un fondo de verdad. Parece indudable que el Emperador salió de Méjico con ánimo de embarcarse para Europa, y que no eran del todo infundados los rumores que se propagaban sobre su próxima abdicacion. Esta creencia, que era casi general en Méjico, se afirmó todavía más, cuando al dia siguiente de su salida, apareció en *La Estafette*, periódico francés, órgano de la intervencion, un artículo que contenia los siguientes párrafos:

«Se nos asegura que el Emperador, antes de salir de la capital, ha encargado al mariscal Bazaine la alta direccion de los negocios públicos, administrativos, políticos, civiles y militares. La mayor parte de los individuos del Gabinete que habian presen-

tado su dimision el sábado por la noche, parecen haber consentido, segun se dice, en conservar sus carteras bajo la presidencia del mariscal, el cual se hallaría así encargado de la lugartenencia general del Imperio. Tenemos motivos para creer muy fundados estos rumores, aunque sobre el particular no haya aparecido todavia ningun acto oficial.

«A la verdad, pocas veces ha pesado sobre un hombre de Estado, una empresa más árdua ni una responsabilidad tan grave. El Imperio está en peligro, el Tesoro público exhausto, la confianza en el porvenir profundamente quebrantada, el ejército nacional es insuficiente, la opinion pública se halla casi desconcertada. Añádanse á estas dificultades mejicanas, los intereses y la vida de los residentes franceses que hay que asegurar, la influencia futura de nuestro país que mantener sobre este continente, nuestros aliados que proteger, y en medio de tantas complicaciones lamentables, preparar la evacuacion; tal es la empresa que hay que llevar á cabo. Ruda tarea, cuya realizacion sería muy comprometida, si estuviese confiada á otras manos. En estas circunstancias supremas, la Francia espera de todos nosotros concordia, abnegacion y auxilio mútuo.»

Durante algunos dias, la abdicacion del Emperador, que hasta entonces no habia pasado de considerarse una mera suposicion, llegó á creerse como segura, y apenas logró desvanecer esa creencia la nota siguiente que publicó el diario oficial de la tarde:

MINISTERIO DEL INTERIOR.—Méjico 23 de Octubre de 1866.—Sr. Director de *La Estafette*: Por orden del Excmo. Sr. Ministro del Interior, os digo que vuestro artículo de hoy contiene asertos absolutamente falsos, relativamente á las noticias que os han dado, referentes á que el Excmo. Sr. mariscal Bazaine haya sido encargado por S. M. de la alta direccion de los negocios públicos, administrativos y políticos, quedando los ministros bajo la presidencia del mariscal, y resultando encargado S. E. de la lugartenencia general del Imperio.

«Léjos de eso, S. E. el Mariscal, en el ejercicio de las atribuciones que únicamente le competen en razón de su alta categoria militar, y por recomendacion especial de

S. M. el Emperador, á su salida de esta capital para Orizaba, de que conservase el orden público, ha ofrecido al ministerio apoyar sus medidas, en todo cuanto de él depende, para que la administracion siga su curso, como ha sucedido durante los diversos viajes de S. M.

«Como los falsos asertos mencionados son muy alarmantes, igualmente que todo el artículo que los contiene, el gobierno de S. M. ordena que se dé una advertencia al periódico que dirijís, conforme á la ley y para los efectos que la misma indica.—El Subsecretario del Interior, ANTONIO M. VIZCAINO.»

Algunas esplicaciones que añadió *La Estafette* de su cosecha á la anterior nota, manifestaban que solo habia querido hablar de una simple interinidad conferida al mariscal Bazaine, pero no bastaron tampoco á desvanecer las dudas con respecto al regreso del Emperador.

II.

El espíritu de Maximiliano estaba profundamente agitado, tanto por las noticias que recibia sobre la triste situacion de su esposa, cuanto por la resolucion tomada por el gabinete francés de retirar sus tropas, sin darle tiempo para organizar un ejército mejicano, y por la actitud que últimamente habia resuelto tomar el gobierno de Washington. El compromiso de continuar Maximiliano al frente de Méjico, dependia de la promesa formal hecha por el gobierno francés de no retirar todas sus tropas hasta fines de 1867, cuyo plazo se necesitaba en Méjico para concluir la organizacion del ejército imperial y superar toda clase de obstáculos. Mas el hecho de haber llevado el general Castelnau instrucciones para acelerar esta evacuacion, y terminarla en lo que restaba del año 1866, produjo gran desaliento entre los imperiales y cambió por completo la situacion del Imperio.

Los rumores alarmantes que se esparcieron en los dias siguientes á la salida del Emperador, no hicieron más que aumentar la intranquilidad, la inquietud y la agitacion. Entonces los Notables de la ciudad decidieron enviar una diputacion á Orizaba para suplicar al Emperador que no abandonára

las riendas del gobierno, en atencion á que el pueblo mejicano estaba dispuesto á todos los sacrificios para sostener el trono imperial. En los establecimientos públicos se cubrian de millares de firmas peticiones para apoyar el paso dado por los Notables.

Profundamente conmovido Maximiliano de las solicitudes de que era objeto, respondió á los comisionados, que en una ocasion reciente habia formado el propósito de no abandonar el puesto de honor á que le habia llamado la confianza de la nacion, y que no obstante las dificultades que por todas partes se acumulaban, estaba dispuesto á luchar por todo el tiempo que Dios le diera fuerzas. La diputacion volvió á Méjico con la promesa de que el Emperador regresaría á la capital, tan pronto como lo permitiese el estado de su salud y estuviese bastante tranquilo respecto de la salud de la Emperatriz, para consagrar todos sus cuidados á los negocios públicos.

Pocos dias despues fueron tambien á Orizaba los generales Miramon y Mendez, recién llegados de Europa, para suplicar al Emperador que no abandonára el poder. El general Miramon alegaba que él con la vigésima parte de los recursos de que aun podia disponer el Emperador, conservó la presidencia durante dos años; que los 10.000 hombres disciplinados del general Mejía, juntamente con los voluntarios extranjeros, formaban el núcleo de un ejército suficiente para la seguridad de los departamentos del centro y próximos á la capital, y para mantener las comunicaciones entre Méjico y Veracruz.

Miramón y Mendez prometieron además organizar contra-guerrillas para hacer frente á Juárez, del cual decian que no estaba en disposicion de emprender una lucha formal, precisamente en ocasion que Ortega le disputaba la dictadura. Dichos generales sostenian que las poblaciones del interior, ansiosas de tener un gobierno estable, harian los mayores sacrificios para sostener la causa imperial.

No obstante las repetidas instancias de los hombres influyentes del partido conservador, el Emperador persistió en no moverse de Orizaba, resultando de aquí una situacion anómala y violenta. En Orizaba, Maxi-

miliano, soberano en el nombre; en Méjico, Bazaine, gobernando en realidad; el Emperador siempre con la palabra de *abdicacion* en los lábios; el general francés influyendo para que abdicara; dos gobiernos hostiles, que se hacían la guerra sordamente, pero que en público se tributaban uno á otro tales encomios, que algunas veces más bien parecían vituperios; el gobierno de Méjico, poderoso porque contaba con la razón suprema de las bayonetas; débil el de Orizaba, porque no podía emanciparse de la tutela del jefe de la expedición francesa.

Tal estado de cosas debía prolongarse todavía algunas semanas, en perjuicio del ya menguado prestigio del Imperio y en favor de la causa republicana que de día en día ganaba nuevos prosélitos. Maximiliano había salido de Méjico por no sufrir á Bazaine y por no encontrarse con Castelnau. Pronto, sin embargo, empezaron las negociaciones, y para entenderse con Castelnau, el soberano autorizó al ministro de la casa imperial D. Luis de Arroyo, que llegó á la capital en los primeros días de Noviembre.

Habían trascurrido tres semanas, y aun no se vislumbraba cuál sería el término de esta crisis suprema. En una reunión extraordinaria celebrada para discutir el estado de los asuntos, los ministros de Maximiliano decidieron unánimemente continuar desempeñando sus empleos sin alteración alguna. La principal insistencia sobre la abdicación del Emperador, ya lo hemos indicado, partió de los franceses y muy especialmente del mariscal Bazaine, atribuyéndose en Méjico esta insistencia á importantes negociaciones seguidas entre los gobiernos de París y de Washington, con objeto de que los Estados-Unidos garantizaran el pago de las deudas contraídas por el Imperio, mediante la cesión por parte de Méjico de una porción de su territorio.

El plan parecía ser, si Maximiliano se hubiese resuelto á volver á Europa, establecer un gobierno provisional, proclamar luego un armisticio general y llamar al pueblo mejicano á cambiar de instituciones y elegir un nuevo jefe del Estado, dentro por supuesto del régimen republicano. Fuesen ó no estos los planes de los generales franceses, es lo cierto que el lenguaje que usaron

así la *L'Era* como *L'Estafette* denotaba que los franceses deseaban vivamente la abdicación de Maximiliano.

«En cuanto á la conveniencia de la abdicación,—decía *L'Estafette*,—opinamos que es incontestable. Se asegura que el Emperador vuelve mañana á la capital; pues bien, si cuando estaba alejado de ella hemos indicado nuestra opinión, hoy que es la víspera de su nueva entrada, debemos espresarnos en términos precisos.

«Señor, le diremos, si han tratado de haceros creer que, después de la evacuación de las tropas francesas, encontrareis en Méjico bastantes súbditos desinteresados para sosteneros con sus bienes y con sus espadas contra vuestros enemigos, y seguir vuestra suerte hasta el fin, os han inducido ciertamente en una ilusión peligrosa. Sois extranjero, señor, y este es un pecado original del que no os absolverán nunca, por más que lo contrario digan vuestros amigos y vuestros cortesanos.

«Ya lo vereis en el día de pruebas y de peligro. Morir con las armas en la mano, en medio de vasallos fieles, es una suerte digna de un príncipe, del fundador de un Imperio; pero no todos cuantos la buscan tienen esa fortuna, que la traición os arrebatara probablemente. Fuisteis elegido soberano; pero los hechos que se suceden desde hace 18 meses, han debido enseñaros, señor, cuán impotente es el sufragio inerte para defender lo que ha proclamado. Y aun cuando escapáseis á vuestros enemigos, á las defecaciones, á las emboscadas y á las maquinaciones americanas, no escapareis ciertamente á la penuria de la Hacienda. El vacío del Tesoro es una sima que se tragaria á un César, á un Carlos V, á un Napoleón.

«Por estas razones, y otras muchas que podríamos desenvolver con la mano sobre la conciencia, somos de parecer, señor, que os despojeis de esa corona, que no tendrá en adelante para V. M. más que espinas, que no dará ningún fruto, y que no os proporcionará ninguna gloria.»

Como para atenuar algún tanto las tendencias de este artículo, decía *L'Estafette* en uno de sus números posteriores: «La abdicación de un soberano electo y reconocido no puede ser sino un acto voluntario, y mientras

más penosas son las circunstancias, y más evidentes las dificultades del jefe del Estado, más se debe respetar su derecho. Un golpe violento puede muy bien hacer caer una corona, pero la sustituye con una aureola. Jamás se ha tratado de agresiones ni de emplear la fuerza. Semejantes rumores son insensatos.»

Para desmentir sin duda por su parte las noticias de abdicación, el *Diario del Imperio*, publicó á mediados de Noviembre tres decretos importantísimos; el primero, organizando la Guardia civil del Imperio; el segundo, restringiendo la jurisdicción de los consejos de guerra; y el tercero, constituyendo un comisariato especial á modo de vireinato, para cuyo cargo se designaba al general Miramon.

Haciéndose eco de las noticias que llegaban de Orizaba, *L'Ere Nouvelle*, periódico de la capital, anunciaba en su número del 22 de Noviembre que era cosa resuelta: 1.º, la abdicación del Emperador; 2.º, la entrega del gobierno á un triunvirato provisional, compuesta del general Marquez, del general Miramon, y de D. Teófilo Marin, ministro de Gobernación. Dábanse estas resoluciones por definitivas en el ánimo del Emperador, añadiéndose que había convocado al ministerio y al Consejo de Estado, para notificárselas y dar un carácter más solemne á sus últimos actos. Era cierto efectivamente que los ministros y los miembros que componían el Consejo de Estado habían salido para Orizaba, y se creía que á su llegada á dicha ciudad tomaría el Emperador resoluciones definitivas sobre los negocios públicos.

III.

El desenlace de la crisis no podía dilatarse por más tiempo. Habían cesado las diferencias de Maximiliano con Bazaine, ó por lo ménos se habían amortiguado, y el Emperador pareció renunciar por entonces á su proyecto de embarcarse para Europa, á lo cual debió contribuir sin duda la reciente resolución de Napoleón III con respecto á la evacuación de sus tropas; pero como al fin esta debía verificarse, creyóse conveniente tomar una resolución sobre lo que debía hacerse después de la partida del

cuerpo expedicionario. Con tal objeto fueron llamados á Orizaba los miembros del Consejo de ministros y los del Consejo de Estado. En esta reunión debía discutirse ampliamente sobre si había posibilidad de que continuara el Imperio, ó si sería más conveniente que Maximiliano renunciara la corona. De veintidos miembros presentes, veinte se pronunciaron de una manera formal por la conservación del Imperio.

Deseoso Maximiliano de facilitar la solución de las dificultades creadas por esta crisis, empezó el debate preguntando si sería la mejor solución devolver al pueblo el poder soberano que de él había recibido. Como razón de esta solución indicó el Emperador el estado de la guerra civil que devastaba entonces el Imperio, la posibilidad de una intervención franco-americana y también el estado de su salud. Los consejeros no encontraron estos motivos suficientes para que el Emperador resignara el poder supremo en la actual situación del país. Suplicáronle repetidas veces que permaneciese al frente de la nación; que preservase así los intereses de la sociedad, amenazados de ser destruidos por los revolucionarios, y se preparase á defender contra toda eventualidad la independencia y la nacionalidad de Méjico confiada á sus cuidados.

Convencido por estas razones y determinado el Emperador á hacer todo género de sacrificios por la felicidad de su país adoptivo, cedió á los deseos de sus ministros, aguardó únicamente su parecer sobre la posibilidad de resolver ciertas cuestiones prácticas, relativas á la convocatoria de un Congreso nacional basado en el sufragio universal, practicado del modo más liberal, así como á los negocios de Hacienda y militares, y á la apertura de importantes negociaciones diplomáticas. Los ministros decidieron examinar todas estas cuestiones en el orden de su importancia relativa.

Consecuencia natural del acuerdo tomado, fué la resolución adoptada por Maximiliano de pedir su apoyo á la soberanía nacional, buscando el apoyo de una sanción más patriótica y más poderosa que no emanara de la intervención extranjera. Con este objeto se publicó en Orizaba el 1.º de Diciembre la siguiente proclama imperial, que fué pro-

mulgada en Méjico el 5 del mismo mes.

«Mejicanos: razones de gran importancia, ligadas con el bienestar de vuestro país, han hecho surjir en nuestro ánimo la conviccion de que debemos someter á un nuevo exámen y ratificacion el poder que nos fué confiado.

«Nuestro Consejo de ministros reunido al efecto, ha sido de opinion que la ventura de Méjico exige aun nuestra permanencia al frente de los negocios. Hemos creído que debíamos acceder á su dictámen, anunciando al mismo tiempo nuestra intencion de convocar un Congreso bajo la base más amplia y más liberal, al cual puedan concurrir todos los partidos políticos. Este Congreso decidirá si el Imperio ha de continuar funcionando ulteriormente, y en caso afirmativo, contribuirá á redactar las leyes fundamentales destinadas á consolidar las instituciones públicas del país.

«Para obtener tal resultado, nuestros consejeros se ocupan al presente de proveer á los medios necesarios para combinar las cosas, de modo que todas las fracciones políticas puedan cooperar á la realizacion del pensamiento madurado por el gobierno.

«Entretanto, mejicanos, cuento con la masa de la nacion sin distincion de partidos, para proseguir con valor y constancia la obra de regeneracion que me han recomendado vuestros conciudadanos.—MAXIMILIANO.»

Las condiciones formuladas por el Emperador en el Consejo de Orizaba, se reducian á las seis siguientes:

1.^a Reunion de un Congreso nacional bajo las bases de la representacion más amplia para decidir la forma de gobierno. El Consejo de Estado fijará el dia y lugar en que el Congreso deba reunirse, y acordará el medio de hacer efectiva esta representacion.

2.^a Exámen de la situacion financiera y de los recursos del país, con el objeto de apreciar si es posible, establecer un presupuesto suficiente para sostener el gobierno elejido.

3.^a Proyecto de ley de quintas para organizar el ejército nacional.

4.^a Proyecto de ley relativo á la colonizacion del país.

5.^a Estudio de los medios de resolver las cuestiones pendientes con la Francia.

6.^a Estudio de los medios adecuados para llegar á una inteligencia con los Estados-Unidos.

Debe atribuirse en gran parte esta nueva determinacion del Emperador á las sugerencias de los generales Miramon y Marquez, apoyados por otras muchas personas influyentes del partido conservador, cuyos hombres principales ofrecieron al Emperador 30 millones de pesos fuertes para reforzar su ejército y emprender una campaña vigorosa. Por el contrario, el general Bazaine hizo cuantos esfuerzos son imaginables, para inducirle á la abdicacion, llegando su animosidad hasta el punto de privarle de toda clase de recursos, cobrando los agentes franceses cuanto producian las aduanas de Veracruz.

Las autoridades imperiales recibieron con júbilo la noticia de que el Emperador no saldria de Méjico, llegando á tanto el entusiasmo del prefecto político de Veracruz, que en su proclama de 1.^o de Diciembre invitaba á sus administrados á dar gracias á la Providencia «por haber salvado la integridad del territorio, y á saludar el dia de la resurreccion de la nacionalidad mejicana próxima á desaparecer.» Colocados entre la reaccion republicana, que cada dia se presentaba más amenazadora, y la intervencion de los franceses cada vez más insoportable, el partido conservador y cuantos habian contribuido á la creacion del Imperio, la única áncora de salvacion que les quedaba era la no abdicacion de Maximiliano; y aunque llenos de sombríos presentimientos sobre la suerte que estaba reservada al Imperio, cuya impotencia, debilidad y desprestigio conocian perfectamente, se propusieron apoyarle con todas sus fuerzas y con todo el ahinco que exigía su situacion desesperada, bien así como el náufrago que se agarra á la tabla del buque destrozado, próximo á sumerjirse en los abismos del mar.

Por el contrario, los franceses supieron con disgusto la determinacion de Maximiliano y no disimularon la contrariedad que les causaba. *L'Estafette*, tantas veces citada, órgano casi oficial de la intervencion y eco fiel de las opiniones del mariscal Bazaine, en su número del 2 de Diciembre contenia, no un artículo de redaccion, sino un ma-

nifiesto auténtico de la legacion francesa, cuyos términos no podian ser ni más desdenosos ni ménos cordiales para con el Emperador y su Imperio. Despues de declarar que la intervencion, desde su llegada á Méjico, solo se ocupó en restablecer el orden, en proteger á sus compatriotas, y en reprimir escesos que á todos perjudicaban, entraba en acusaciones, sinó terminantes, mal embozadas, contra el Emperador y el Imperio. «La intervencion, decia dicho manifiesto, ha hecho sacrificios, tan desinteresados como inútiles, para dominar las actuales circunstancias; ahora nada le resta que hacer en Méjico á la Francia, sino pensar en el reembarque completo del cuerpo expedicionario, en el más breve término que sea posible.»

L'Ere Nouvelle, otro periódico francés que se publicaba en la capital, decia tambien en su número del 10 de Diciembre: «En presencia de la actitud tomada por el gobierno imperial, el papel de los agentes franceses se simplifica mucho. No quisieran tomar parte alguna en manejos interesados, que no darian otro resultado que recordar los ódios, y reanimar la guerra civil que hubieran querido sofocar. No se ocuparán en adelante más que de la ejecucion rigurosa de sus instrucciones; en declinar de la manera más absoluta la responsabilidad de su gobierno, tomando solo en cuenta los intereses que les incumben directamente, y preparar en el plazo más breve posible la marcha completa del cuerpo expedicionario.»

IV.

Desde la junta de Orizaba, notóse una gran actividad en el gobierno imperial. Era preciso compensar el tiempo que se habia perdido en la indecision y en la inercia, tanto más cuanto que los republicanos seguian avanzando desde el Norte al Sur, y se aproximaba la retirada definitiva del cuerpo expedicionario francés.

Con fecha 10 de Diciembre, el ministro de Negocios extranjeros dirigió una circular á los representantes del Imperio en las cortes europeas, dando cuenta de la Junta celebrada en Orizaba, y de los motivos que habian hecho desistir al Emperador de su

proyecto de abdicacion. Escrita en nombre de este, la circular presentaba los hechos que habian conducido al Imperio á la situacion en que entónces se encontraba; manifestaba que Maximiliano apelaba á la opinion pública en Europa y en el mundo, asegurando que al aceptar la corona, no lo hizo sino cediendo á las vivas instancias de la Francia y del gran partido monárquico de Méjico, exijiendo tambien que la nacion fuese consultada en condiciones de verdadera libertad. Solo fué á Méjico, cuando se le garantizó una alianza importante con la Francia en virtud de un solemne tratado. Más tarde, todo le habia sido contrario, pues los empréstitos contratados en Europa, se habian consumido principalmente para el sostenimiento de un ejército francés de ocupacion, cuya conducta por culpa de algunos generales, fué una de las causas principales de la continuacion de la guerra civil en Méjico. En la misma circular se quejaba de que se le habian puesto toda clase de obstáculos para la creacion de un ejército nacional.

Con el objeto de facilitar la pacificacion del Imperio, se espidió un decreto el 13 de Diciembre, ordenando la formacion de tres cuerpos de ejército, cada uno de los cuales deberia aumentarse sobre las fuerzas existentes entónces en el territorio. Por de pronto debian operar 8.000 hombres, y sucesivamente hasta 12.000, conforme lo exijiesen las necesidades del servicio. Debiendo tener el cuerpo una organizacion uniforme, y desaparecer toda distincion de cuerpos bajo denominaciones especiales, se acordó que conforme se fueran liquidando los cuerpos de la legion austro-belga, se fueran disolviendo, sin perjuicio de ser admitidos al servicio del Imperio, todos los individuos de dichas legiones que quisieran pertenecer al ejército mejicano. En cuanto á los que deseáran volver á su pátria, deberian embarcarse por cuenta del Estado, con arreglo á sus contratos. Los generales D. Miguel Miramon, D. Leonardo Marquez y D. Tomás Mejía, fueron nombrados generales en jefe de los tres cuerpos de ejército mandados crear.

No obstante haberse anunciado por un telégrama de 1.^o de Diciembre el próximo

regreso del Emperador á la capital, y despues para el 5, el Emperador no se movió de Orizaba hasta el 25, no para marchar á su palacio de Chapultepec, sino para trasladarse á Puebla, donde fueron á su encuentro Mr. Dano, embajador de Francia en Méjico, y el general Castelnau. Antes de marchar de Orizaba, dirigió oficialmente por medio de su ministro del Interior, á todos los jefes conocidos del partido republicano, la invitacion para tomar parte en el plebiscito destinado á determinar la forma del futuro gobierno, previniendo que era su voluntad, que hasta los departamentos ocupados por sus adversarios estuvieran representados en el próximo *Congreso Nacional*, cuya reunion fijada provisionalmente para el 1.º de febrero, no llegó á realizarse, por haberse negado á concurrir á él los jefes juaristas.

Maximiliano permaneció en Puebla hasta el 3 de Enero de 1867, saliendo con direccion á la capital; pero tampoco esta vez entró en ella, quedándose en la hacienda de la Teja, hasta el 19, en que verificó su entrada solemne en Méjico, donde los conservadores le tenian preparada una recepcion entusiasta, que los periódicos franceses calificaron de poco espontánea y como preparada por el elemento oficial. Volvió á hospedarse el Emperador en su palacio de Chapultepec, y su primer acto despues de su llegada, fué nombrar á D. Tomás Murphy, ministro de Negocios extranjeros, y ministro de la casa imperial al Sr. Navarro. Pocos dias antes se habia reorganizado la secretaría imperial, bajo la direccion del reverendo padre Fischer, secretario particular del Emperador.

No es difícil adivinar la causa de la repugnancia de volver Maximiliano á la capital, aun despues de la reunion de Orizaba. Sus relaciones con el mariscal Bazaine eran cada vez más tirantes, y no quiso sin duda presentarse en Méjico, hasta que no fuera un hecho la retirada de los franceses, cuyo embarque en Veracruz empezó el 13 de Enero, es decir, seis dias antes del regreso del Emperador. Las últimas tropas francesas dejaron á Méjico el 5 de Febrero; el 14 del mismo se embarcó el general Castelnau, y el 13 de Marzo partió para Francia el mariscal Bazaine.

V.

Ya hemos dicho que en la proclama de Maximiliano, fechada en Orizaba el 1.º de Diciembre, se anunciaba que un Congreso Nacional seria convocado para decidir de la conservacion del Imperio, con lo cual queria dar á entender sin duda que no consideraba definitivo el acuerdo del 24 de Noviembre, y que en asunto de tan vital importancia, debia consultar la voluntad del país. Para la reunion del Congreso se presentaron dificultades insuperables, derivadas unas de la situacion de guerra en que se encontraba el país, originadas otras por la negativa de Juarez y los suyos á pactar con un poder usurpador y extranjero. Así es que, en vez del Congreso, se reunió en la capital una Asamblea de notables, compuesta de unas 40 personas, casi en su totalidad ministros, generales y altos dignatarios del Imperio.

Las deliberaciones empezaron el 14 de Enero, al siguiente dia de haber empezado el embarque de las tropas francesas. La sesion fué presidida por el Sr. Lares, que en breves palabras abrió la discusion con la proposicion siguiente: «Bajo las circunstancias actuales del país, y tomando en cuenta las observaciones que serán hechas por los ministros de Guerra y Hacienda, ¿deberá perseverar el Emperador en sus esfuerzos de pacificacion?»

El ministro del Interior leyó en seguida una lista de los departamentos que permanecian fieles al Imperio, y las Memorias de los ministros citados, segun las cuales se contaba con 11 millones de duros anuales de ingresos y 26.000 hombres bien armados y equipados, cálculos evidentemente exagerados. En seguida el Sr. Lares procedió invitando á los 35 notables, pues de los 36 llamados faltaba el general Vidaurri, para que sucesivamente manifestáran sus opiniones.

Tomó primero la palabra el general Marquez, manifestando que el gobierno debia proseguir la guerra con vigor, puesto que contaba con medios. «Es verdad, decia, que los rebeldes ocupan muchos puntos de gran importancia, pero la guerra continuará llena de vicisitudes. Ciudades que son juaris-

tas un dia, se declaran por el Imperio al dia siguiente.»

El mariscal Bazaine declaró, que la opinion unánime del ejército francés era que el pueblo mejicano deseaba la República, y que él por su parte creia que en todas las provincias del Imperio no reinaba otro deseo. En su concepto, el mantenimiento del Imperio seria la perpetuidad de la anarquía, y no la restauracion de la paz, por lo cual opinaba que el Emperador debia abdicar.

El arzobispo de Méjico manifestó, que siendo su ministerio de paz, la cuestion estaba fuera de su competencia, y que además no tenia medios para testificar los cálculos gubernativos sobre los recursos del Imperio; en cuanto al obispo de San Luis, rehusó entrar de lleno en la cuestion, diciendo que al recibir la invitacion para asistir á la conferencia, creyó que sus deliberaciones serian sobre puntos morales, religiosos ó de la Iglesia.

Más francos y resueltos los Sres. Robles Pezuela y Cortés Esparza, trataron la cuestion bajo el punto de vista de los recursos de hombres y dinero, negando rotundamente lo que afirmaban los ministros en sus memorias. Robles Pezuela dijo, que lejos de ascender los ingresos á 11 millones de pesos, disminuían cada dia, y que el Imperio era insostenible.

El Sr. Cortés Esparza preguntaba que en dónde estaban los 26.000 hombres, añadiendo que tal número era ficticio, puesto que las declaraciones del ministro no se hallaban apoyadas con datos. Escepto el Emperador y sus ministros, nadie conocia la situacion verdadera del país, y en su opinion deberia partir aquel, aprovechando una oportunidad que acaso no volviera á presentarse.

En resumen, 21 notables, contando los ministros, votaron por la continuacion del Imperio, y 12 por la abdicacion de Maximiliano. Del número de votantes, y del objeto mismo de la deliberacion, puede deducirse la fé que tendrían los imperialistas en su causa. Lo mismo en la reunion del 24 de Noviembre de 1866, que en la del 14 de Enero de 1867, los pareceres fueron poco unánimes con respecto á la cuestion que se debatía. Seguro es, que aun los mismos que votaron por la conservacion del Imperio,

sentian una mortal congoja, precursora de una próxima catástrofe.

Mientras el poder imperial discutia su propia existencia, presintiendo su fin cercano, los republicanos proseguian valerosamente su empresa, sin vacilacion y sin zozobra, sin admitir discusion sobre su legitimidad, y con la firme conviccion de conseguir el triunfo. Entre dos principios que se combaten, toda la fuerza está del lado de aquel que lleva en sí mismo, á la par que la sancion del tiempo y de la costumbre, la interpretacion más cabal de las necesidades de un pueblo y de una época. Triunfó en Méjico el principio republicano, porque reunia estas condiciones de vida. Cayó el Imperio, porque no tenia razon de ser en un país rejido por instituciones democráticas desde hacia 40 años; fundado sobre frágiles cimientos y sostenido por la fuerza, debia derrumbarse en cuanto le faltara el apoyo de los soldados franceses.

VI.

Cedió Maximiliano á las indicaciones de los que le aconsejaban quedarse en Méjico, por no complicar más al país con una nueva entidad de discordia, que pretendia levantarse por las fuerzas francesas, obligándole á salir del Imperio para apresurar el resultado de trabajos iniciados con algunos meses de anticipacion. Regresó desde Orizaba á Méjico con el firme propósito de procurar una avenencia con el jefe de la República, por medio de un Congreso que diera la paz al país, y cuya idea habian aceptado con gusto las personas que le acompañaban. Pero el choque militar y la firme resolucion de Juarez de no aceptar transaccion alguna, le hizo perder toda esperanza. Alimentó sin embargo alguna, y algun tiempo despues, encontrándose en Querétaro, todavía comisionó al licenciado D. Antonio García para preparar los medios de avenimiento.

Dada la situacion de los asuntos de Méjico, cuando se celebró la junta de notables del 14 de Enero, lo más lógico y conveniente para Maximiliano hubiera sido insistir en su abdicacion y embarcarse para Europa; pero un sentimiento de dignidad harto exagerado, junto con la debilidad de su carácter,

le impulsaron en la senda que debía llevarle á su perdición. Las circunstancias no podían ser más desfavorables. A principios de 1867, los republicanos eran ya dueños de las plazas más importantes del país, como Matamoros, Monterey, Chihuahua, San Luis de Potosí, Aguas-Calientes y Guadalajara; avanzaban sin obstáculo, tomando sucesivamente posesión de las que dejaban las tropas francesas para concentrarse en algunos puntos importantes; y habían conseguido apoderarse de la mayor parte de los caminos que conducían desde el interior del país á la capital.

Juarez se había trasladado á San Luis de Potosí donde estableció el centro de su gobierno, publicando un manifiesto en que aseguraba que la intervención norteamericana era puramente moral, y que sólo sería material á petición del gobierno de la República mejicana, en cuyo caso las tropas que entrasen en el país serían puestas á las órdenes del mismo Juarez. La suerte era propicia en todo al presidente de la República. Su competidor Ortega logró penetrar en Méjico; pero fué aprisionado por las tropas juaristas en Zacatecas el 9 de Enero. Poco antes de ser preso, Ortega había publicado un manifiesto declarando ilegal y bastarda la administración de Juarez, y acusándole, con más pasión que justicia, de haber destruido el régimen constitucional, introducido la división en el partido republicano, prolongado con su obstinación la guerra civil y extranjera, y apelado á la intervención de los Estados-Unidos para sostenerse en el poder.

La victoria que Miramon consiguió sobre las tropas de Escobedo y la toma de Zacatecas por aquel el 27 de Enero, no fueron sino las últimas llamaradas de un poder que se extinguía. Zacatecas es una ciudad importante, situada en el camino de la capital á San Luis de Potosí, hácia cuyo último punto se dirijian los generales Mejía y Miramon. Concentrados los imperialistas en Querétaro, debían pasar primero por San Luis de Potosí antes de acometer á Zacatecas, donde Juarez, que había partido de Durango el 16 de Enero, debía llegar el 19 ó el 20. Partiendo Miramon de Querétaro, intentó sorprender á Juarez con una marcha atrevida. En vez de poner sitio á San Luis, dejó esta

ciudad á un lado, avanzando directamente sobre Zacatecas. Este golpe de mano salió en parte bien; Zacatecas cayó en su poder, pero no pudo cojer á Juarez, quien se salvó merced á la velocidad de su carruaje, y tuvo que pasar la noche del 31 escondido en un granero del pueblo llamado Fresnillo.

Poco tardó Escobedo en tomar la revancha del descalabro de Zacatecas. En un choque que tuvo el 1.º de Febrero con el coronel D. Joaquin Miramon, hermano del general, Escobedo lo derrotó haciéndole 300 prisioneros, de los cuales 139 eran franceses y algunos austriacos. El jefe republicano mandó que inmediatamente fueran pasados por las armas todos los extranjeros que habían caído prisioneros en la jornada del día 1.º, con escepción de los heridos, fundándose en que se habían enganchado voluntariamente al servicio del usurpador para ingerirse en las disensiones de Méjico, enardecer las pasiones, agitar la guerra civil; acusábalos además de haber cometido depredaciones y ultrajes de lesa humanidad al apoderarse de Zacatecas, por todo lo cual habían perdido el derecho á toda consideración.

Cumplióse en efecto el mandato de Escobedo al pié de la letra, y los 139 desgraciados prisioneros fueron fusilados en San Jacinto el 3 de Febrero, incluso el coronel Miramon. Profunda fué la sensación que produjo dentro y fuera de Méjico esta espantosa tragedia. En los Estados-Unidos, hasta los periódicos más afectos hasta entonces á la causa de Juarez, no pudieron ménos de censurar severamente el proceder del general Escobedo, exhortando al gobierno de Washington á intervenir para que la tierra americana no se deshonrara con tan sangrientas hecatombes. No fué inútil la actitud de la prensa americana, pues á ella debió sin duda que el Gobierno se dirijiera á Juarez, recomendando que se observasen las leyes de la guerra con los prisioneros.

La situación del Imperio se iba pues agravando de día en día. Todo podía depender de una torpeza ó de una decepción; mas para algunos de los más entusiastas imperialistas, la situación no había llegado á ser completamente desesperada. Los tres gene-

CAPÍTULO III.

Movimientos militares en Febrero de 1867.—Sitio de Querétaro.—El general Marquez es nombrado lugar-teniente general del Imperio.—Marcha á Méjico á traer refuerzos.—Combate del 27 de Marzo.—Situación desesperada de los sitiados.—Éndese Querétaro el 13 de Mayo.—El coronel Lopez es acusado de haber entregado la plaza.—Publica un manifiesto para justificarse.—Comportamiento de Maximiliano durante el sitio.—Marquez en Méjico.—Los republicanos toman á Puebla por asalto.—Sale Marquez de la capital en auxilio de Puebla, y es derrotado en San Lorenzo.—El general Porfirio Diaz empieza el sitio de Méjico.—Gestiones que se hicieron para salvar á Maximiliano.—Sucesos de la capital.—Maximiliano llama á los abogados Riva Palacio y Martínez de la Torre para que se encarguen de su defensa.—Llegan á Querétaro.—Piden próroga para preparar la defensa del Emperador.—Marchan á San Luis de Potosí, residencia de Juarez.

I.

Desde mediados de Febrero de 1867, todas las tropas juaristas de las provincias septentrionales del territorio mejicano, se dirijian hácia el Sur con intención de agruparse en derredor de la capital. Canales estaba en Victoria, Estado de Tamaulipas; Escobedo en San Luis de Potosí, acechando la ocasión de lanzarse sobre Querétaro; Cortina en Mier sobre el Rio-Grande; y Porfirio Diaz, más audaz que ninguno, se preparaba para colocarse entre Méjico y Veracruz, con objeto de atacar á Puebla. Pero al mismo tiempo que las tropas juaristas, diseminadas, verificaban del Norte al Sur esta marcha combinada sobre la capital, los generales imperialistas Miramon y Mejía, ejecutaban otra en sentido contrario, de Sur á Norte, y se dirijian hácia Zacatecas y San Luis para impedir que los juaristas llegaran pronto cerca de Méjico.

El ejército imperialista contaba cerca de 30.000 hombres, componiéndose de tropas regulares organizadas en divisiones, con caballería, artillería, y varias compañías de ingenieros. Sobre las tropas juaristas, más numerosas, presentaba la ventaja de ofrecer una fuerza compacta; pero en cambio los imperialistas no tenían tanta fé en su causa como los republicanos. El total de las fuerzas juaristas se elevaba á más de 60.000 hombres, pero diseminados en un espacio

rales que mandaban las tropas imperiales Marquez, Miramon y Mejía, eran verdaderamente hombres de guerra, y la suerte del Imperio, bajo el punto de vista militar, se hallaba en sus manos. Necesitábase sin embargo algo más para desvanecer el desaliento que empezaba á apoderarse de las tropas imperiales, y conociéndolo así, decidió Maximiliano tomar personalmente el mando superior del ejército.

El 13 de Febrero salió de Méjico á la cabeza de 6.000 hombres, con dirección á Querétaro, en cuyos alrededores se iban concentrando numerosas fuerzas republicanas, dejando encargado al general Tavera del mando militar de Méjico. Antes de partir para el teatro de la guerra, el Emperador, vestido con el uniforme de general mejicano, pasó revista á las tropas concentradas en el pueblo de San Angel, acompañado del general Marquez y de un lucido Estado mayor.

Llegó á San Juan del Rio el 17, en cuyo punto publicó una proclama anunciando su resolución de ponerse al frente del ejército en los siguientes términos: «Hoy me pongo al frente y tomo el mando de nuestro ejército que apenas hace dos meses podía principiar á reunirse y á formarse. Este día lo deseaba yo ardientemente desde hace mucho tiempo, pero obstáculos ajenos á mi voluntad me detenían. Ahora, libre de todos los compromisos, puedo seguir solamente mis sentimientos de bueno y leal patriota. Nuestro deber como leales ciudadanos, nos obliga á combatir por los principios más sagrados para el país; por su independencia que se vé amenazada por hombres que en sus miras egoistas quieren negociar hasta con el territorio nacional, y por el buen orden interior, que vemos cada día ofendido de la manera más cruel para nuestros compatriotas pacíficos. Libre nuestra acción de todo influjo, de toda presión extranjera, buscamos el mantener muy alta nuestra bandera nacional.»

El general Marquez fué nombrado jefe del cuartel general imperial, y bajo el mando en jefe del Emperador fueron colocados los generales Miramon, Mejía, Mendez y Vidaurri.